



¿Progreso o decadencia? Apuntes sobre la postura de David Hume en la disputa antiguos-modernos

Sofía Calvente

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA - INSTITUTO DE INVESTIGACIÓN EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación – UNLP

La Querella de los antiguos y los modernos tuvo lugar entre 1687 y 1716 en Francia, aunque repercutió en distintos países de Europa, especialmente en Inglaterra, donde fue bautizada como la Batalla de los libros y se desarrolló entre 1690 y 1730. En líneas generales, el tema del debate giró en torno a cuál debía ser la actitud moderna frente al pasado, y a la posibilidad de igualar o incluso superar en varios aspectos los logros de la antigüedad clásica.

Si bien David Hume publicó sus primeros trabajos entre 1739 y 1741, los ecos de este episodio de la historia intelectual aún se hacían sentir por ese entonces y es indudable que las cuestiones que en él se discutieron no le resultaron indiferentes. El filósofo escocés dejó traslucir su postura sobre algunos de los aspectos de la disputa en varios de sus escritos, fundamentalmente, sus ensayos. A primera vista, muchos podrían decir que adhirió al bando de los “modernos”, pero al hacer una reconsideración global de los pasajes donde aborda la cuestión, no es posible atribuirle una actitud uniforme. En primer lugar, porque la postura que le atribuyamos dependerá de cómo caractericemos a la Querella misma y en segundo lugar, porque los textos de Hume ponen de manifiesto cierta heterogeneidad en su evaluación tanto de la actitud antigua como de la moderna. Veremos en detalle de qué manera considera a ambas posturas respecto de cuestiones históricas, estéticas y morales, que fueron los principales tópicos de la Querella.¹

¿Qué se discutía en la Querella?

A pesar de que resulte algo sorprendente, es posible ubicar a Hume tanto en un lado como en otro de la Querella, o bien en ninguno de los dos, según lo que entendamos por la Querella misma.² Tradicionalmente, se la ha caracterizado como una oposición abierta entre dos bandos claramente delimitados: quienes reverenciaban a las grandes mentes clásicas y se sometían ciegamente a su autoridad³ versus quienes buscaban ampliar los límites del conocimiento heredado y contar con libertad de pensamiento y discusión.⁴ Los primeros estaban enquistados fundamentalmente en las universidades y basaban su prestigio en la filosofía del pasado.⁵ Los segundos eran los pioneros de la Revolución Científica, y buscaban poner en evidencia los errores de los pensadores antiguos para tornar la mirada del mundo intelectual del pasado al futuro.⁶

A partir de los años '80 comienza a hacerse una revisión de esta imagen tradicional de la

¹ De ahora en más nos referiremos a los defensores de la postura moderna como “modernos” y a los defensores de la antigüedad como “antiguos”.

² Para la reconstrucción de las distintas líneas de estudio sobre la Querella, hemos seguido las sugerencias de Kidd, Colin. “Introduction: Ancients, Moderns and the Historiography of the Enlightenment”, en *3rd Workshop on Ancients and Moderns in the Scottish Enlightenment*. Edinburgh, University of Edinburgh, 2011.

³ Cfr. Foster Jones, Richard. *Ancients and Moderns: A study of the Rise of the Scientific Movement in Seventeenth-Century England*. St. Louis, Washington University Studies, 1961, pp. 4 y 21. Además, Campbell Mossner, Ernest. “Hume and the Ancient-Modern Controversy, 1725-1752: A Study in Creative Scepticism”, en *The University of Texas Studies in English*, vol. 28 (1949), pp. 139-153.

⁴ Foster Jones, R. Ob. cit., p. 119.

⁵ Foster Jones, R. Ob. cit., p. 21.

⁶ *Ibidem*.

Querella y a plantearse matices en la pretendida oposición. Joseph Levine⁷ se centró en el estudio de la Batalla de los libros y señaló que los “antiguos” no eran simples defensores de la tradición contra lo nuevo, sino que eran humanistas e innovadores en muchos aspectos. Inclusive, identificó divergencias al interior tanto de la postura antigua como de la moderna. Por estos motivos, muestra que para entender la disputa es necesario contemplar los argumentos de antiguos y modernos en cada uno de los frentes en que se libró la batalla; ya que se trató más de una serie de escaramuzas con diferentes objetivos y contendientes, que del enfrentamiento entre dos grandes bandos que defendían posturas monolíticas. Además, pone de manifiesto que un antiguo podía en ciertas circunstancias parecer moderno y un moderno, presentarse como antiguo.⁸

En los últimos años, ha habido nuevas lecturas que han complejizado más aún la mirada sobre la Querella. Dan Edelstein,⁹ en consonancia con Levine, se encargó de mostrar que las líneas de combate entre antiguos y modernos no pueden distinguirse tan fácilmente, ya que varios defensores de la antigüedad reconocían y alababan los logros científicos contemporáneos. Edelstein señala que la diferencia no pasaba tanto por negar o reconocer el avance de la ciencia, sino por considerar si el tiempo puede perfeccionar todas las áreas del conocimiento humano o sólo algunas. En ese sentido, los antiguos sostenían que los logros de Homero y otros autores clásicos eran insuperables.¹⁰ Por otra parte, reconoce en algunos participantes de la Querella una postura intermedia que intentaba conciliar ambos extremos, apoyando una serie de postulados modernos pero expresando al mismo tiempo la admiración por los antiguos. Considera que esta *via media* fue la que terminó predominando en la Ilustración.¹¹

Finalmente, una de las más recientes y sofisticadas interpretaciones, la de Larry Norman,¹² cuestiona tanto el carácter polémico de la Querella como existencia de bandos de “antiguos” y “modernos”, con el propósito de mostrar, al igual que Levine y Edelstein que no se trató de un debate polarizado entre una facción proto iluminista y otra reaccionaria.¹³ En primer lugar, Norman considera que no es posible identificar claramente dos bandos, ya que en muchos casos los participantes compartían opiniones. La más importante consistía en aceptar que había habido una vasta evolución histórica que abría una brecha entre la antigüedad y la modernidad. Tanto antiguos como modernos eran conscientes de la distancia que los separaba del pasado grecorromano y de la dificultad que eso implicaba a la hora de juzgarlo. La diferencia pasaba por las distintas posturas que se adoptaban frente a esa distancia: los modernos se escandalizaban con las costumbres extrañas de griegos y romanos, mientras que los antiguos apreciaban esa lejanía histórica.¹⁴ En segundo lugar, Norman señala que los mismos participantes de la discusión no consideraban a los dos momentos como bloques unificados, sino que eran conscientes de las identidades híbridas y mutables de los períodos históricos. Reconocían no sólo la distancia que los separaba de la antigüedad sino también las diferencias que había dentro del período antiguo mismo. Esta diversidad de interpretaciones nos permite entrever la complejidad de la Querella como episodio histórico en sí, pero además, nos ofrece un marco a partir del cual

⁷ Levine, Joseph M. “Ancients and Moderns Reconsidered”, en *Eighteenth-Century Studies*, vol. 15, no. 1 (1981), pp. 72-89. También, Levine, Joseph. *The Battle of the Books: History and Literature in the Augustan Age*. Ithaca and London, Cornell University Press, 1991, Introduction.

⁸ Levine, J. “Ancients and Moderns Reconsidered”, p. 78.

⁹ Edelstein, Dan. *The Enlightenment. A Genealogy*. Chicago, The University of Chicago Press, 2010.

¹⁰ Edelstein, D. Ob. cit., p. 39.

¹¹ Edelstein, D. Ob. cit., pp. 3 y 42-43.

¹² Norman, Larry. *The Shock of the Ancient. Literature and History in Early Modern France*. Chicago & London, The University of Chicago Press, 2011.

¹³ Norman, L. Ob. cit., pp. 14-18.

¹⁴ Cfr. Norman, L. Ob. cit., p. 15.

evaluar las opiniones de Hume respecto de los distintos temas que se discutieron en ella.

El desarrollo de las artes

Hume alude a la Querrela en varios de sus escritos, identificando las posiciones de antiguos y modernos, pero sin declararse abiertamente a favor de alguna de ellas.¹⁵ No obstante, encontramos que al hablar de ciertos tópicos que fueron objeto de ese debate, hace un contraste entre el conocimiento o los logros de los pensadores antiguos y los de los modernos, del mismo modo que lo hicieron quienes tomaron parte activa de la contienda. Por ese motivo, es necesario reconstruir el pensamiento de Hume al respecto teniendo en cuenta el desarrollo de los distintos ejes de la Querrela. El primero que examinaremos será el de la estética.

Inicialmente, la Querrela comenzó siendo un debate acerca de la importancia de los escritores antiguos en relación con los modernos, que luego se expandió hacia la importancia histórica de las innovaciones científicas y filosóficas surgidas a partir de la Revolución Científica. En el terreno artístico-literario, uno de los ejes de la disputa se planteó entre los defensores de la retórica, que admiraban la elocuencia de los clásicos considerándola insuperable y en varios aspectos digna de imitación, y quienes sostenían que era posible igualarlos o superarlos en todo sentido, porque el paso del tiempo perfecciona del mismo modo las distintas capacidades de la mente humana.¹⁶

En el ensayo “Of Eloquence”, Hume sostiene que la época actual es superior a la antigüedad en filosofía, pero no ha logrado superarla en cuanto a elocuencia, y busca comprender por qué. Los argumentos a los que apela para dar cuenta de esta situación pertenecen tanto a los antiguos como a los modernos. En primer lugar, señala que “el genio de la humanidad es tal vez igual en todos los tiempos,”¹⁷ lo que constituye un argumento a favor de la postura moderna, que se valía de la idea de que la naturaleza humana era universal e inalterable para mostrar que la modernidad no estaban en una situación de decadencia respecto del pasado. Sin embargo, argumentos similares también fueron usados por los antiguos para atenuar los méritos de los modernos, señalando que la grandeza de la razón es inherente a todo ser humano y que por lo tanto, sus frutos no son consecuencia del progreso, sino que pueden encontrarse en toda época histórica por igual.¹⁸ Hume adhiere también a este argumento, ya que sostiene que los modernos no poseen un buen sentido que sea superior al de los antiguos.

En definitiva, lo que observa es que ha habido grandes avances en todas las artes y ciencias, gracias al desarrollo de circunstancias favorables tales como la organización de un gobierno popular; pero a pesar de eso, la elocuencia no ha alcanzado el nivel de las restantes disciplinas. No cree que se deba sólo a factores culturales, como la falta de criterio del público moderno para apreciar las virtudes de un buen orador. Simplemente, al parecer, no todas las artes y ciencias se desarrollan de la misma manera y al mismo tiempo, a pesar de que la capacidad y el buen sentido sean universales. No habría ningún impedimento constitutivo de la naturaleza humana para que la elocuencia moderna se desarrollase ahora de manera tan eximia como en la antigüedad. En ese sentido, se aleja de la postura de los antiguos, ya que, si bien admira y exalta la

¹⁵ Cfr. Hume, David. “Of the Independency of Parliament”, en *Essays Moral, Political and Literary*. Revised edition. Eugene Millar (ed.) Indianapolis, Liberty Fund, 1987, p. 608. También, “Of the Standard of Taste”, en Hume, D. Ob. cit., pp. 245-246. En adelante nos referiremos a esta obra como ESY, citando el ensayo correspondiente y la paginación de esta edición.

¹⁶ Cfr. Edelstein, D. Ob. cit., pp. 39-40.

¹⁷ ESY, “Of Eloquence”, p. 102. Estamos siguiendo la traducción de Carlos Martín Ramírez en Hume, David. *Ensayos morales, políticos y literarios*. Madrid, Trotta, 2011, p. 121.

¹⁸ Este es un argumento de Jean-Baptiste Dubos que es mencionado por Edelstein (Ob. cit., pp. 40-41).

elocuencia de un Cicerón, no considera que sea imposible de igualar, aunque de hecho aún no haya podido ser alcanzado.¹⁹ Pero por otra parte, tampoco adhiere a la idea moderna de que el paso del tiempo traiga necesariamente la perfección en todas las áreas del conocimiento y las artes por igual.

Hume profundiza en las causas que llevan al desarrollo del conocimiento y la cultura en el ensayo “Of the Rise and Progress of the Arts and Sciences”, sosteniendo que las grandes figuras de una época no son un fenómeno aislado, sino que emergen de un contexto social favorable, que es como un suelo fértil a partir del cual pueden desarrollarse sus talentos.²⁰ La genialidad de un momento histórico no puede considerarse simplemente una “edad de oro”,²¹ como muchos antiguos quieren, ni un mero producto del progreso lineal, como sostienen los modernos, sino que se debe a la conjunción de ciertos factores que dan como resultado el surgimiento y el desarrollo de los distintos aspectos de la cultura.

Vemos entonces que Hume corre el eje explicativo desde la cuestión temporal, que era la nota predominante en la Querella, a las condiciones sociales y políticas, en tanto los factores que menciona tienen que ver con la conformación de un gobierno libre antes que una monarquía; con el establecimiento de un sistema de leyes que protejan la vida y la propiedad; y con la conformación de pequeños estados interconectados que favorecen el debate y la crítica, antes que el predominio de un punto de vista absoluto. Estas son las circunstancias que se dieron en la Grecia y la Roma antiguas, por eso de ellas surgieron los modelos para todas las artes y ciencias.²² Siempre y cuando esas condiciones vuelvan a repetirse, tendrá lugar el avance del conocimiento y las ciencias. De ahí que Hume considere que “Europa es en la actualidad una copia a gran escala de lo que Grecia fuera anteriormente un patrón en miniatura,”²³ ya que a partir del Renacimiento se restauraron las condiciones favorables para el desarrollo de las artes y las ciencias.

Hume discute otros dos tópicos de la Querella relativos a cuestiones estéticas en “Of the Standard of Taste”. El primero es una distinción propuesta para evaluar los logros de antiguos y modernos, entre ámbitos acumulativos y no acumulativos del conocimiento humano.²⁴ Los ámbitos considerados acumulativos eran el de la ciencia y la tecnología, donde resulta relevante el paso del tiempo y la consecuente acumulación de experiencia. Por este motivo, tanto antiguos como modernos coincidían en reconocer la superioridad de la ciencia actual por sobre la de la antigüedad, dado que adherían a la idea de que el conocimiento se iba perfeccionando con el correr de los siglos. Los ámbitos de la elocuencia, las artes, la literatura y la moral no eran considerados de carácter acumulativo, por lo que en este caso, el paso del tiempo no confería ventaja alguna. Entonces, se consideraba que estas disciplinas habían alcanzado la perfección en la antigüedad. Sin embargo, aunque los modernos reconocían la excelencia de los autores clásicos, planteaban la posibilidad de igualarlos e incluso superarlos, aunque manteniéndose dentro de los mismos parámetros establecidos en la antigüedad.

Hume adopta esta distinción entre ámbitos del conocimiento aunque con importantes

¹⁹ Cfr. ESY, “Of Eloquence”, pp. 106-107.

²⁰ Cfr. ESY, “Of the Rise and Progress of the Arts and the Sciences”, p. 114.

²¹ Hume considera que la “edad de oro” es una ficción poética comparable a la ficción filosófica del “estado de naturaleza.” Cfr. Hume, David. *An Enquiry Concerning the Principles of Morals*. Tom Beauchamp (ed.) Oxford, Oxford University Press, 1998, Section 3, paragraphs 14-15. En adelante nos referiremos a esta obra como EPM, citando sección y número de párrafo.

²² Cfr. ESY, “Of the Rise and Progress of the Arts and the Sciences”, p. 135.

²³ ESY, “Of the Rise and Progress of the Arts and the Sciences”, p. 121. (Trad. cit., p.136).

²⁴ Cfr. Levine, J. “Ancients and Moderns Reconsidered”, p. 85 quien señala a William Wotton como autor de esta distinción y Edelstein, D. Ob. cit., pp. 42-43 y especialmente, n18, donde se menciona una propuesta similar elaborada por Dubos.

matices. La ciencia no es un ámbito donde se produzca acumulación, sino más bien cambio constante:²⁵ los sistemas que predominan en una época son reemplazados por otros al ponerse en evidencia sus contradicciones, pero esto no implica que una teoría sea superada por otra mejor, sino más bien por una diferente, porque al contrario de lo que sostenían los contendientes de la Querrela, no hay un criterio claro que nos permita evaluar los distintos logros en el ámbito científico:

Aunque en la especulación podamos fácilmente adscribirle un criterio determinado a la ciencia y negárselo al sentimiento, en la práctica encontramos que este asunto es mucho más difícil de definir en el primer caso que en el segundo (...) Nada ha sido probado como más susceptible de revoluciones de coyuntura y moda como estas supuestas decisiones de la ciencia.²⁶

Por el contrario, en el ámbito de la estética y de la moral, Hume sostiene que los grandes poetas y oradores han sido reconocidos universalmente y en todas las épocas. Esto se debe a que los principios valorativos en este ámbito son más estables y permiten que apreciemos esas cualidades más allá de las diferencias geográficas, políticas, religiosas e idiomáticas.²⁷ La estabilidad que caracteriza al criterio del gusto nos permite comprender por qué los antiguos defienden la idea de que el arte alcanzó su plenitud en la Grecia y la Roma antiguas. Pero, a pesar de que Hume reconoce que los autores clásicos establecieron los modelos que permitieron el florecimiento de todas las artes en el Renacimiento, esto no anula la posibilidad –como observamos al tratar el tema de la elocuencia– de que puedan surgir artistas tan grandes como los del pasado en la actualidad. Al no postular la idea de una “época de oro”, nada le impide pensar que, si se dan las condiciones adecuadas, nuevos genios puedan surgir.

El segundo tópico vinculado con la Querrela tiene que ver con la conciencia de la opacidad del pasado, que era compartida tanto por los defensores de la antigüedad como por los modernos. Como hemos visto, en este caso, lo que distinguía ambas posturas era la actitud hacia ese tiempo remoto: escandalizarse por la diferencia o admirar esa diversidad. Hume da cuenta de esta diferencia:

En este punto, encontramos una reflexión que quizá pueda servir para examinar la famosa controversia en torno de la sabiduría antigua y la moderna, donde con frecuencia vemos a una de las partes perdonar cualquier absurdo a los antiguos a cuenta de las costumbres de la época, y a la otra rechazar este perdón (...) En mi opinión, los límites exactos entre las partes contendientes rara vez han sido fijados.²⁸

Para evaluar una obra perteneciente a un momento y lugar histórico diferentes al nuestro, Hume considera que es fundamental asumir una actitud imparcial, lo que implica librarnos de los prejuicios relativos a nuestra época y nación, y los de índole personal, como rivalidad o aversión hacia el autor. Debemos adoptar el punto de vista de “un hombre en general”²⁹ que nos permita apreciar la obra tal como lo hicieron aquellos a quienes estaba dirigida, para poder comprender por qué resultó digna de admiración. Esta actitud comprensiva lo acerca más a la postura de los antiguos. Sin embargo, considera que hay ciertas diferencias en las costumbres que son inadmisibles e injustificables, incluso en autores de la talla de Homero. No podemos sostener los méritos de una obra que atenta contra valores tales como la humanidad y la decencia, o que desdibuja los límites del vicio y la virtud sin acompañarlo con signos de reprobación. Como hemos visto, los principios éticos y estéticos son estables, lo que vuelve muy difícil aceptar una diferencia de parámetros morales en el caso de que éstos

²⁵Cfr. ESY, “Of the Standard of Taste”, pp. 242 y 246-247.

²⁶ESY, “Of the Standard of Taste”, p. 242. Estamos siguiendo la traducción de Macarena Marey en Hume, David. *De la tragedia y otros ensayos sobre el gusto*. Buenos Aires, Biblos, 2003, p. 64.

²⁷ Cfr. ESY, “Of the Standard of Taste”, p. 233 y EPM, A Dialogue, 36.

²⁸ ESY, “Of the Standard of Taste”, p. 245 (Trad. cit., p. 67).

²⁹ Cfr. ESY, “Of the Standard of Taste”, p. 239 (Trad. cit., p. 60).

hayan cambiado con el tiempo. En este caso, dice Hume, contemplamos las diferencias culturales que nos separan del autor, pero no podemos admirar su composición.³⁰ Tomamos en consideración la variación de costumbres entre épocas pero sin sacrificar las ideas propias sobre la moral o el gusto.³¹

Una moral secular

En el terreno de la moral, la Querrela se centró en considerar si las lecciones prácticas que los autores del pasado habían dejado eran válidas o no para el presente y en qué medida. Esto se debía a que los defensores de la antigüedad, sobre todo en Inglaterra, planteaban que las condiciones de la sociedad y la política antiguas eran similares a las de la Europa moderna. En ese sentido, sostenían que un caballero inglés del siglo XVII podía encontrar en las cartas de Cicerón o Plinio muchas cuestiones con las cuales identificarse.³²

En este ámbito encontramos que Hume se inclina por adoptar una perspectiva secular en oposición a teólogos y filósofos contemporáneos que sostenían que la religión debía ser el fundamento de la moral. Esta es una de las razones por las cuales prefiere adoptar el catálogo de virtudes del *De Officiis* de Cicerón antes que el texto calvinista *The Whole Duty of Man*.³³ Lo que encuentra condenable de la moral moderna es que haya perdido su autonomía al subordinarse a la teología, mientras que observa una mayor libertad en los autores antiguos, quienes mantenían su juicio independiente de los distintos sistemas religiosos,³⁴ ya que el politeísmo antiguo nunca alcanzó el poder político y cultural del cristianismo, ni llevó a los filósofos a aislarse de la vida cotidiana.³⁵ En la antigüedad sólo la filosofía regulaba la conducta de los hombres, mientras que la religión se limitaba a sacrificios y plegarias en el templo. En la modernidad, la ecuación se invirtió: la filosofía “parece haberse confinado mayormente a especulaciones en el closet”, y su lugar parece haberlo ocupado “la religión moderna, que inspecciona toda nuestra conducta.”³⁶

En ese sentido, critica la perspectiva “jurídica”, que adquirió la ética moderna, es decir, el hecho de estar basada en sanciones y recompensas; en última instancia, en la subordinación abnegada a los mandamientos y al castigo divinos.³⁷ Se inclina por una ética basada en la virtud y el vicio, al igual que los filósofos de la antigüedad,³⁸ ya que entiende que la virtud no debe originarse en el temor a la sanción sino en cualidades intrínsecamente estimables, sean voluntarias o no.

Vemos que al igual que en el caso del arte, lo que hace admirable a la ética antigua tiene que ver con las circunstancias que se conjugaron en ese momento histórico, que

³⁰ Cfr. ESY, “Of the Standard of Taste”, p. 246 (Trad. cit., p. 67).

³¹ Cfr. Baumstark, Moritz. “Hume and the *Querelle des Anciens et des Modernes*”, en *40th International Hume Conference Proceedings*, Belo Horizonte, Universidade Federal de Minas Gerais (2013), p 167.

³² Cfr. Levine, J. *The Battle of the Books*, p. 6.

³³ Cfr. Hume, David. *The Letters of David Hume*. J. Y. T. Greig (ed.) Oxford, Oxford University Press, 1932. Letter No. 13, To Francis Hutcheson, p 34. Cfr. EPM, Appx. 4.11, n72.

³⁴ Cfr. Hume, David. *An Enquiry concerning Human Understanding*. Tom L. Beauchamp (ed.) Oxford, Oxford University Press, 1999, section XI, paragraphs 2-3. En adelante nos referiremos a esta obra como EHU, citando sección y número de párrafo.

³⁵ Holden, Tom. “Hume, Ancient and Modern Religion, and the Autonomy of Philosophy”, en *40th International Hume Conference Proceedings*, Belo Horizonte, Universidade Federal de Minas Gerais (2013), pp. 170 y 177.

³⁶ EPM, “A Dialogue”, 53. La traducción es nuestra.

³⁷ Cfr. EPM, Appx. 4. 21 y “A Dialogue”, 53.

³⁸ Cfr. Darwall, Stephen. “David Hume: Modern Metaethicist, (mostly) Ancient Normative Ethicist”, en *40th International Hume Conference Proceedings*, Belo Horizonte, Universidade Federal de Minas Gerais (2013), pp. 108 y 117.

permitieron desarrollar un pensamiento libre de constricciones de distinta índole, mientras que en la modernidad, las condiciones se presentan desfavorables para una moral autónoma. Por otra parte, el hecho de que Hume manifieste tomar en cuenta las virtudes propuestas por Cicerón supone considerar que las doctrinas de los antiguos moralistas pueden ser válidas en alguna medida para la modernidad.

También encontramos que en el pensamiento moral de Hume está presente la conciencia de la “otredad” del mundo antiguo, la tensión entre aquello que nos interpela de los autores clásicos y aquello que nos separa. En “A Dialogue”, que fue incluido como último apéndice a la *Investigación sobre los principios de la moral*, dos interlocutores discuten acerca de en qué medida es posible establecer un parámetro común para los juicios morales de distintos momentos históricos. En ese contexto, se plantea la necesidad de comprender las culturas de la antigüedad a partir de sus propios criterios. Es necesario, al igual que en estética, adoptar un punto de vista imparcial, que contemple todas las circunstancias y relaciones del caso, para poder juzgarlo moralmente.³⁹ Así como en la actualidad nos escandalizamos de muchas prácticas comunes entre los griegos y romanos antiguos, de la misma manera ellos se habrían escandalizado de muchas costumbres vigentes en la Europa occidental moderna. Por lo tanto, es imposible o al menos inútil juzgar las costumbres de una sociedad con los parámetros de otra, ya que de hacerlo, nos estaríamos privando de conocer los problemas prácticos a los que las leyes y costumbres antiguas respondían. En ese sentido, muchas prácticas de la antigüedad que resultan incomprensibles para una mente moderna, como la esclavitud o la pederastia, pueden ser entendidas al vincularlas con las circunstancias particulares y el sistema de creencias de las sociedades antiguas.⁴⁰ Esta actitud comprensiva respecto de la diferencia con el pasado acerca a Hume a la postura de los antiguos.

Sin embargo, aunque acepta la relatividad y diversidad de las reglas sociales, de las prácticas y los juicios particulares, no admite una relatividad de los principios de la naturaleza humana que subyacen a esas reglas, prácticas y juicios.⁴¹ Como ya hemos señalado, sostiene que los principios éticos y estéticos son estables. En el caso de la ética, siempre se ha considerado que lo virtuoso es aquello que resulta útil o agradable, aunque puedan existir diferencias entre lo que se ha considerado útil o agradable a raíz de las diferentes costumbres o circunstancias de una época o una sociedad. Es decir que si bien su postura es convencionalista e historicista, no llega a caer en un relativismo histórico o cultural absoluto, en tanto considera que esa diversidad es expresión de los mismos principios morales que operan en todos por igual. Tal como él mismo lo expresa: “Los hombres razonan sobre temas morales siempre en base a los mismos principios, aunque las conclusiones que extraen a partir de ellos suelen ser muy diferentes.”⁴² Este argumento, que parte de la universalidad e invariabilidad de la naturaleza humana, es de corte moderno.

Continuidades y rupturas

En el ámbito de la historia, la Querella giró en torno a los sentidos y usos del pasado, y al método más adecuado para aprehenderlo. Como hemos visto ya en el caso de la estética y la moral, Hume destaca la importancia de adoptar un punto de vista histórico, al reconocer la distancia que nos separa de la antigüedad, que impide una comparación

³⁹ Cfr. EPM, App. 1.11.

⁴⁰ Cfr. Baumstark, M. Ob. cit., pp. 166-167.

⁴¹ Cfr. EPM, A Dialogue, 37 y 51. Además, Beauchamp, Tom. “Editor’s Introduction”, en EPM, p. 45.

⁴² EPM, A Dialogue, 36. La traducción es nuestra. Cfr. EHU 8.8-11.

plena entre la mentalidad antigua y la moderna.⁴³

Uno de los argumentos más fuertes que esgrimían los antiguos para postular la exaltación del pasado se basaba en considerar que la naturaleza en su conjunto estaba en decadencia.⁴⁴ En contraposición a esta idea, los modernos planteaban que la naturaleza en general y la humana en particular eran universales e inmutables, lo que suponía que no había tal decadencia en relación con la antigüedad.⁴⁵ Acabamos de señalar que Hume retoma esta idea de la universalidad de la naturaleza humana como uno de los fundamentos de su sistema moral.

En el ensayo “Of the Populousness of the Ancient Nations”, se ocupa puntualmente del tema de la decadencia y concluye que “la actitud de menospreciar al presente y admirar el pasado está fuertemente arraigada en la naturaleza humana e influye incluso en personas dotadas de la más profunda capacidad de juicio y de la mayor erudición,”⁴⁶ pero a la hora de establecer concretamente los hechos, no puede concluirse que efectivamente el mundo o la especie humana estén avanzando hacia su punto de perfección o declinando luego de él. Hume evalúa la tesis de los antiguos, quienes sostenían que un indicador del desarrollo superior de la antigüedad era que había más población que en la modernidad. El crecimiento de la población se asociaba a un conjunto de condiciones políticas y sociales favorables, era consecuencia de una nación virtuosa y feliz, con instituciones sabias.⁴⁷ Ante la imposibilidad de disponer de datos demográficos confiables, Hume se aboca a comparar las condiciones políticas y sociales de la antigüedad y la modernidad. Concluye que la situación es mejor en la actualidad, ya que se cuenta con mayor libertad, hay mayor justicia y estabilidad, y existe un gran desarrollo del comercio y la industria. Los resultados de esta comparación indican que no existiría razón alguna para suponer que el mundo haya sido más poblado en el pasado que en la actualidad, lo que lo lleva a rechazar la afirmación de que la humanidad esté en decadencia.

No obstante, cabe destacar que los modernos no creían en la idea de un progreso ilimitado, sino que consideraban que incluso la época floreciente en la que vivían estaba llegando a su fin. Es decir que corrían el foco de la “edad de oro” hacia su propia época pero creían que luego de ella vendría una irremediable decadencia.⁴⁸ La postura de Hume es afín a esta idea moderna, aunque no ve a la decadencia como un hecho definitivo de la historia de la humanidad,⁴⁹ sino que plantea que en aquellas sociedades donde pueden llegar a florecer las artes y las ciencias, éstas alcanzan la cima de la perfección y luego declinan naturalmente, pero pueden resurgir en otro momento y lugar donde se conjuguen las circunstancias adecuadas. Es decir que existe el progreso y la decadencia pero ninguno tiene un carácter definitivo ni universal, sino ligado a momentos y lugares particulares. Es más, considera que este carácter disruptivo del progreso es beneficioso porque quebranta el predominio de quienes pretenden arrogarse la autoridad absoluta en algún ámbito del conocimiento o las artes. La decadencia de las distintas escuelas artísticas y filosóficas evita que las generaciones siguientes se sometan ciegamente a cualquiera que pretenda influir sobre ellas despóticamente.⁵⁰

⁴³Cfr. ESY, “Of the Rise and Progress of the Arts and Sciences”, p. 137.

⁴⁴ Cfr. Foster Jones, R. Ob cit., p. 22 y Campbell Mossner, E. Ob. cit., p. 139.

⁴⁵ Cfr. Baumstark, M. Ob cit., p. 161.

⁴⁶ ESY, “Of the Populousness of the Ancient Nations”, p. 464. (Trad. cit., p. 404).

⁴⁷ Cfr. ESY, “Of the Populousness of the Ancient Nations”, p. 382.

⁴⁸Cfr. Dejan, Joan. *Ancients against Moderns. Cultural Wars and the Making of a Fin de Siècle*. Chicago & London, University of Chicago Press, 1997, pp. 16-17.

⁴⁹Esta idea de un progreso y una decadencia necesarios e irreversibles era sostenida por Perrault, quien homologaba el desarrollo de la civilización con el de la vida humana, no con la idea cíclica que sugiere la comparación con las estaciones del año. Cfr. Dejean, J. Ob. cit., p. 17 n30.

⁵⁰Cfr. ESY, “Of the Rise and Progress of the Arts and Sciences”, p 123.

Una actitud moderada

Al cabo de este recorrido, hemos podido apreciar la complejidad tanto de la Querella como de la postura que Hume adopta al respecto. No es posible reducir la primera a un debate entre dos facciones antitéticas ni asociar el pensamiento de Hume a alguna de ellas. Es cierto que existían posturas que se autodenominaban “modernas” o “antiguas” y así lo atestiguan los textos de Hume que aluden a la Querella. Sin embargo, como hemos visto, el meollo de la cuestión reside en dilucidar qué representaban esas posturas. Los estudios más recientes han dejado en claro que ya no puede considerarse a los antiguos como meros conservadores que buscaban una continuidad con el pasado al identificarse con sus valores, como así tampoco ver a los modernos como defensores a ultranza de la innovación en detrimento del conocimiento heredado. La postura de Hume reviste una complejidad semejante, ya que no se limita a tomar argumentos de ambos grupos sino que los resignifica a la luz de su propio pensamiento filosófico. Más aún, hemos constatado que esta actitud heterodoxa no es localizada: no puede considerarse a Hume como un moderno respecto de la ciencia y un antiguo respecto de la moral o la estética, sino que su actitud dentro un mismo ámbito retoma planteos tanto de los antiguos como de los modernos.

Tal vez la mejor forma de entender la actitud de Hume sea, como sugiere Norman, la de considerarlo un escéptico que simpatizaba tanto con los antiguos como con los modernos.⁵¹ Él mismo dice tomar en consideración, a la hora de formular sus opiniones, “la experiencia y la autoridad de todos los filósofos y políticos, tanto antiguos como modernos.”⁵² Esta actitud moderada se explica a partir de su aversión al fanatismo: no debe defenderse ninguna postura dogmáticamente porque nadie puede ni debe arrogarse una autoridad absoluta respecto del conocimiento humano.

⁵¹Cfr. Norman, L. Ob. cit., p. 120. Preferimos esta interpretación antes que la de Edelstein, quien considera que Hume hace una síntesis dialéctica o construye una *via media* entre ambas posturas (Ob. cit., p. 107).

⁵²ESY, “Of the Independency of Parliament”, p. 43 (Trad. cit., p. 75).